

WALTER LIPPMANN INGRESA EN EL PARAPETISMO

Los que habitualmente consultamos las páginas del *New York Herald Tribune*, encontraríamos difícil desconectar aquellas páginas de la frecuente aparición en las mismas de los comentarios a cargo de Walter Lippmann. Lippmann es no sólo un «columnista», sino un experto; pero experto no en la vaga y discutible significación de tal asignación, sino avalado por la circunstancia de que, después de veinte años, tres veces por semana nos brinda productos de su pensamiento, que cobija siempre bajo una denominación que Lippmann hizo a la vez popular y famosa: *Today and Tomorrow*. Pero Lippmann no es sólo un crítico que en las columnas de la prensa neoyorkina refleja cada dos días lo más palpitante de la situación internacional, sino un autor de obras que han alcanzado enorme difusión. Para nosotros, la más atrayente es la titulada *United States Foreign Policy*; otras, posteriores o anteriores, concurren en el trato de los mismos problemas; así, *A preface to morals* y *The good society*. Ahora Walter Lippmann hace pública su decisión de enmudecer tras veinte años de ininterrumpida relación con su numeroso y asiduo público, ya que comunica el propósito de consagrar varios meses a la terminación de un libro que se intitulará *The image of Man*. Mas antes de entregarse al retiro temporal creyó oportuno brindar al lector una especie de pseudo-testamento, reflejado en tres artículos que, bajo el título genérico de *Total War and Cooperation*, aparecieron en los números del *New York Herald Tribune* (edición de París) correspondientes a los días 19, 20 y 22 de junio. A Walter Lippmann sería inadecuado aplicarle el calificativo de aislacionista; nada tan alejado de semejante versión como la tesis sostenida por Lippmann. Ello no quiere decir que Lippmann se aparte abiertamente de otros pensadores norteamericanos motejados de aislacionistas —tipo Hoover—; antes bien, existe más de una coincidencia, como veremos cuando se parangonan los puntos de vista respaldados por Lippmann y por Hoover, en cuanto ambos se inclinan en el sentido de la técnica del parapeto.

Esta tendencia parapetista no fué considerada con la debida atención en este viejo mundo; por ello hemos creído nosotros oportuno dedicarle un comentario, glosa explicable habida cuenta de que el parapetismo lleva trazas de atraer a muchos exegetas que parecen disentir en ciertos extremos, pero que coinciden en lo fundamental (1). Por eso la conveniencia de estudiar ese fenómeno, que espacialmente se afirma y dilata, con una interpretación angustiosa del porvenir del mundo, tintes sombríos que habremos de destacar oportunamente, sin que para ello sea preciso recurrir a las reprobables armas del alarmismo. Nótese que hombres ideológicamente tan dispares como lo son Hoover, Eisenhower y Lippmann, con mayor o menor distingo, pueden alinearse en el parapetismo, coincidencia que nos hace pensar en si el parapetismo está llamado a producir en Norteamérica tanto el arrumbamiento de los aislacionistas, cuanto de los colaboracionistas o ecumenizantes. Precisamente por ello hemos creído, no sólo admisible, sino obligado, traer a estas páginas unas glosas que intentan aclarar ese curioso fenómeno del parapetismo, que con tanto ímpetu se está abriendo paso y ganando adeptos en la otra orilla del Atlántico. Mas antes de ofrecer nuestra versión, permítasenos brindar al lector un esquema de la tesis de Walter Lippman, contenida en los tres citados artículos, y para que el lector no se pierda en la complejidad de la construcción lippmaniana, permítasenos enumerarla en unos cuantos apartados:

1.—Si la guerra entre Rusia y la comunidad atlántica estallase, la victoria correspondería a la segunda; pero sería una victoria desastrosa, que tras implicar la destrucción del régimen soviético y la demolición de Rusia, dejaría a Europa destruída, privada de sus centros de administración y transporte y entregada a la acción, desprovista de Gobiernos poderosos y con autoridad, de dictadores locales, clanes de bandidos y núcleos terroristas; no sería la guerra antesala de la paz, sino la guerra sin epílogo, es decir, la muerte del viejo mundo; en la primera guerra mundial, los vencedores fueron capaces de construir una paz precaria; después de 1945, los victoriosos no han podido concluir la paz con sus ex enemigos y en una tercera guerra mundial, habida cuenta de los medios destructivos y del carácter revolucionario de alguno de los ejércitos en campaña, la paz no se alcanzará.

2.—No debe considerarse como inevitable una guerra total, ni inducir que a tal desenlace pueda llegarse de modo deliberado, como Hitler lo hizo en 1939, o cual lo propugnan en los Estados Unidos los parti-

(1) Véase CAMILO BARCIA TRELLES: *Polémica de los dos mundos hostiles. Eisenhower, Hoover y la táctica del parapeto* CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 5, marzo de 1951 Instituto de Estudios Políticos.

darios de la guerra preventiva. No es posible que pueda establecerse colaboración durable entre una democracia y un sistema totalitario; por ello, al hablar de un acuerdo con Rusia, se piensa no en un matrimonio, sino en un divorcio. De ahí que un acuerdo con Rusia ha de ser militar y concertado en términos militares; sería un armisticio concertado antes de la guerra, y ello no quiere decir que los antagonistas han terminado por afeccionarse, sino que están de acuerdo.

3.—El conflicto con Rusia tiene preponderantemente carácter militar. Rusia considera que las contradicciones del capitalismo llevarán a los países occidentales a la guerra y a la derrota, que introducirá la insurrección, antesala de la instauración del comunismo; los anticomunistas, por el contrario, creen que serán las contradicciones del comunismo las que arrastrará a Rusia a la guerra. Lo que puede traer la tercera guerra no es consecuencia de la naturaleza del comunismo y el capitalismo, sino de la inestabilidad de las relaciones militares entre Rusia y la comunidad atlántica. No se olvide que fué la derrota rusa de 1917, y no las contradicciones internas del mundo capitalista, lo que permitió a los comunistas instaurar su sistema, finalidad no lograda por agitadores ineficientes a lo largo de setenta años; fué necesaria otra guerra para instaurar el telón de acero y el sistema del satelitismo; ello explica que aquello que Rusia intentó llevar a cabo y no alcanzó, entre 1917 y 1939, le fué dable lograrlo después de 1945. De ahí que lo esencial no radica en determinar lo que Marx y Lenin piensan, o lo que Molotov y Stalin crean, sino en determinar hasta dónde puede ir y hasta dónde no puede ir el Ejército rojo; ese es el dilema que habrá de resolverse por la guerra o por la negociación.

4.—Muchos creen que el reducir el actual pleito a una cuestión territorial y no ideológica, constituye una inadmisibile simplificación del problema, mas de lo que se trata es de trasladar la ideología a la geografía, y si esto no se hace, el conflicto quedará al margen de los diplomáticos y estrategias; toda guerra tiene un objetivo geográfico, que se trata de defender, capturar o destruir. Todas las guerras —dinásticas, religiosas, nacionalistas, de independencia, imperialistas— han de librarse y ventilarse en términos geográficos. Las guerras entre las iglesias griegas y latinas, entre cristianos e islámicos, entre protestantes y católicos, terminaron en divisiones territoriales. Esa regla no conoce excepción en lo que atañe a los conflictos bélicos de etiología ideológica; así la doctrina de Monroe, aun cuando reflejaba el antagonismo ideológico entre la joven América y la Europa legitimista, en definitiva se tradujo en términos geográficos, cuando Monroe declaró que en América defenderian la libertad frente a un intento de extensión del despotismo europeo. La propia gue-

rra civil norteamericana, no fué para decidir sobre la esclavitud, sino para evitar que el sur pudiera llevar hasta el norte su economía esclavista.

5.—El punto de vista, a tenor del cual los objetivos reales son siempre concretos y geográficos, encuentra confirmación en el actual conflicto respecto de Rusia; la mayor parte de los arreglos concluidos con Rusia han sido rotos, pero hay un Acuerdo —el más importante— que no ha sido conculcado: el que fija las fronteras europeas y asiáticas entre los Ejércitos rojos y los anticomunistas; ello, porque tratándose de un arreglo concreto y específico, su violación implicaría la ruptura de la paz; en contraste, los otros acuerdos han fracasado (colaboraciones en Corea, en Berlín, en la Alemania Occidental); lo propio puede decirse de los propósitos encaminados a la instauración de regímenes democráticos en el área dominada por el Ejército rojo o de los intentos llevados a cabo respecto al estatuto de los Estados nacidos al liquidarse viejos imperios.

6.—De todo lo anterior, cabe deducir que al afirmar que nos encontramos ante una cuestión territorial, no se ha supersimplificado el problema. Si el Ejército rojo no estuviese en el centro de Europa y presionando sobre las fronteras del Oeste, no habría hoy problema ruso, como no lo hubo durante una centuria, ni habría problema comunista en el occidente de Europa, si existiesen naciones con buenos Gobiernos y política leal.

* * *

Hasta aquí lo que hay de fundamental en la tesis de Walter Lippmann, que si no enteramente original, sin duda se aparte de otras interpretaciones, ya que no induce tanto a la confusión como otras versiones que del problema nos han sido brindadas; ello no quiere decir, ni mucho menos, que nosotros aceptemos la tesis del famoso columnista norteamericano. Precisamente nuestro disenso es la causa generadora de los comentarios y reparos que subsiguen. La tesis de Lippmann puede inscribirse en la órbita dialéctica norteamericana, ideológicamente nutrida por cuantos hacen suya la versión del parapeto; de tal doctrina se induce que los frentes de batalla subsisten, a pesar de haber enmudecido el cañón en 1945, pero con esta característica, no debidamente valorada hasta el presente, a saber: que Rusia transforma lo que debió ser ocupación militar episódica de tierras contiguas, en adscripción permanente, al incluir en su área territorial a los llamados países satelizados. Es esta innovación la que pasó inadvertida, tanto a Lippmann

cuanto a otros voceros de la doctrina del parapeto; antes de la experiencia que se inicia en el año 1945, se registraban anexiones postbélicas o se decretaban ocupaciones militares, necesariamente episódicas; actualmente, no presenciarnos ni lo uno ni lo otro, sino algo inédito: adscripción de países, lograda con la manipulación del ingrediente comunista; de ello se induce que el conflicto, en su aspecto ideológico, tiene más realidad que aquella que le reconoce Lippmann, ya que sin el aditamento ideológico, Rusia no podría cabalgar a lomos del equino que le permite alcanzar la satelitización; por eso, el ingrediente comunista encierra una peligrosidad que no conoció la historia en otras experiencias de tipo expansivo, semejantes a las que Rusia ahora realiza, en cuanto a sus designios de extensión espacial, pero distintas en lo que atañe al instrumento empleado.

Dice Lippmann que la actual situación constituye un armisticio concertado tácitamente en tiempos de paz, y si esto es cierto, será preciso reconocer que nos encontramos situados ante una experiencia inédita, que debemos enfocar, por tal motivo, con adecuada cautela; el carácter innovador de este armisticio, evidentemente, a lo que alude Lippmann, radica en la consideración de que el armisticio afecta no, como era clásico, a enemigos que acaban de participar como adversarios en una guerra, sino a coaligados, cuya navegación en conserva era de tal modo artificiosa, que debió desenlazar en esa especie de vela de armas, realidad desde 1945, y cuya prolongación, sin previsible truncamiento alcanzado tras la avenencia, implica la seguridad de que la guerra en potencia entre los aliados episódicos de ayer, es una dramática realidad. Aquí brota uno de los motivos de disentimiento que la tesis de Lippmann nos sugiere; la experiencia es nueva y resultará inadecuado referirse, para ser utilizadas como normas de aleccionamiento, a realidades que no se compadecen con la que ahora registramos y que todos, sin éxito, hemos intentado desentrañar, deseosos de liberarnos de esta perplejidad atenzadora.

Acaso de todas las sugerencias que Lippmann nos brinda aquella que puede merecer más atención es la versión a cuyo tenor el problema planteado es esencialmente geográfico y territorial, por cuanto dicha tesis, si se acepta, porta en sus entrañas un terrible dramatismo: la tragedia de la guerra inevitable. Rusia, impelida por su propia lógica, a cuya proyección no le será dable sustraerse de modo indefinido, no puede decidirse por el pietismo en el orden internacional; el satelitismo pierde toda su razón de ser desde el momento en que le asignemos un límite irrebable, porque en la detención encontrará su propia muerte, ya que más allá de su línea extrema tropieza con la presencia de un mundo disidente, que se apresta a incrementar sus fuerzas, a fin de evitar la ecumenización de un sistema que representa la defunción para cuantos

ligan su existencia a la preservación de un mínimum de derechos naturales.

Lippmann nos dice que el conflicto con Rusia es, ante todo y sobre todo, geográfico. No afirma que se trate de una cuestión determinada por consideraciones geopolíticas, y en esa falta de decisión para pasar del primer concepto al segundo, podemos encontrar todo lo que hay de anemia dialéctica en la técnica interpretativa de Walter Lippmann. Lo característico de las normas geopolíticas radica en su posibilidad de permanencia, de tal modo, que el tiempo, al sucederse, ni las desactualiza ni las afecta en su vigor directivo. Debe notarse igualmente que para Walter Lippmann el comunismo no constituye el factor dual, corrosivo e infiltrante; se trata, según Lippmann, de normas principiales que no se imponen por su propia virtualidad; antes bien, según el columnista norteamericano, estamos situados frente a un artillugio de infiltración y extensión, cuya eficacia se manifiesta cuando va precedido de acciones castrenses y de ocupaciones militares de territorios contiguos. Mas tal versión parece contradecir lo que hay de especificidad en el satelitismo, por cuanto esta norma no es una anexión, ya que los absorbidos conservan apariencia de soberanía, por lo menos en sentido formal. Esta sería la diferencia a inscribir cuando se parangonan el sistema del imperialismo del kilómetro cuadrado y este nuevo procedimiento de agregaciones, cuyo elemento fundente es el pseudocomunismo; de ahí la diferencia que se registra entre países militarmente ocupados y aquellos que no lo están; en los segundos, ausente la coacción militar, no resta a Moscú más reacción posible que la de violencia o la de la excomunión cuando la primera se reputa de inmediatamente irrealizable—caso de Yugoslavia—.

Walter Lippmann nos dice que los vencedores de 1918 supieron construir una paz más o menos imperfecta, pero cuyas imperfecciones precisamente determinaron, según nuestro parecer, el logro de la cooperación episódica prestada por los ex enemigos (Locarno). Ahora, y a partir de 1945, los vencedores no han podido establecer acuerdo en ningún sector, ya que no puede considerarse como tal este *statu quo* en precario. Estimamos que Lippmann confunde la causa con el efecto. En 1918 no existían discrepancias ideales entre los vencedores, todos ellos incluíbles en el área fluída de la democracia, ni ambiciones de imposible conciliación, como lo prueba el hecho de que la ausencia de ambiciones expansivas generó en Norteamérica el abandono respecto de Europa. Es esto tan cierto, que esa sedicente generosidad norteamericana situó a Europa en condiciones de incitar a la revancha, a cargo de los derrotados en 1918.

Pero si nos dejamos llevar por la tesis unilateral de que todo cuanto estamos presenciando, por su carácter de inédito, sólo actúa en el senti-

do de acentuar nuestra explicable perplejidad, incurriríamos en un error, de cuya indeseable proyección, sino liberarnos, puede, por lo menos, alejarnos el coadyuvante de la geopolítica, que Walter Lippmann no manipula en debida proporción. Afirma Lippman que de todos los posibles acuerdos de los ex aliados, sólo se ha respetado uno: aquel que fija las fronteras entre las fuerzas rojas y las occidentales en Europa y en Asia, y cuya violación, según Lippmann, conduciría irremediablemente a la guerra. Geopolíticamente valorado el argumento, quiere decir que presenciamos la prolongación, no ilimitada en el tiempo, de la presión ejercida desde las líneas exteriores rusas, sobre las exteriores de las Potencias aliadas, y como esa pugna no es renunciable y sólo difícilmente aplazable, resultará que el parapetismo, al cual directa o indirectamente se adscribe Lippmann, resulta ser una auténtica vela de armas, un armisticio tambaleante, cuyo fatal epílogo está señalado por el destino. No es matrimonio, ni divorcio, como afirma Lippmann, el que hoy existe entre Rusia y Norteamérica, ya que si el divorcio implica bifurcación y desentendimiento de los cónyuges, ello no puede aplicarse al caso del mundo comunista y anticomunista, en situación de potencial hostilidad y cuya desavenencia no puede convertirse en tolerable merced a la separación. Rusia no puede retroceder —a menos de hundirse en el fracaso— ni estabilizarse; necesariamente ha de pugnar por realizar lo que ella estima como destino geopolítico: presionar desde el interior hacia el exterior; que el diagnóstico resulta sombrío, nos parece evidente; pero de nada serviría escamotear lo adecuado de la versión, abrigando esperanzas de convivencia, que constituirían para el mundo occidental un auténtico corrosivo. Que los apuntaladores de la teoría del parapeto se cuiden de valorar su versión de modo adecuado, y que no intenten desentenderse de los peligros que encierra, pues cuanto más acentuada sea su posición de alerta, menos riesgos corren de verse adentrados en un callejón sin más salida que la de su propia eliminación.

C. B. T.

